

Animitas y religiosidad popular en el norte grande de Chile: Del ánima de la patita a la Kenita¹

Bernardo Guerrero Jiménez²

Analizamos el culto a las animitas como una variante más de la religiosidad popular. En este caso, en el norte grande de Chile, como una expresión más de la rica y variada praxis popular y religiosa, movilizadora entre otros, por los bailes religiosos que acuden a la fiesta de La Tirana. En este sentido, ubicamos el culto a las animitas dentro de esa práctica, pero inserto en un marco ritual autónomo e independiente de los cuadros religiosos del catolicismo oficial.

La idea de que el culto a las animitas es una variante de la religiosidad popular, sobre todo del culto marino que se manifiesta en la fiesta de La Tirana, pero que en términos de sanidad y de milagros se puede ubicar dentro de una tradición más amplia, que va más allá del mundo católico popular. En este sentido integramos a las religiones protestantes populares dentro de estas praxis (aunque estas tradiciones condenan este tipo de cultos), ya que incorporan los milagros como prácticas frecuentes, sobre todo en las curaciones de enfermedades. No obstante, podemos observar en la “curas de manos”, entre otras manifestaciones, de los pentecostales una misma lógica.

Para el caso del norte grande vemos el culto a las animitas dentro de un proceso de hibridación entre la tradición andina y la mestiza popular, sobre todo de tipo proletario y salitrero. Todo ello en el marco de una tradición multicultural de esta región de Chile (Guerrero, 2009).

Interesa destacar el crecimiento del culto a las ánimas en el norte grande, como asimismo relevar el lugar que ocupan en el espacio urbano de la ciudad, para luego señalar nuevos elementos que se van agregando a su “estética” como el uso de símbolos deportivos y/o nacionalistas. Estos últimos muy presentes también en los cementerios.

El norte grande de Chile muestra interesantes procesos de “canonización popular” que en este trabajo queremos desarrollar.

Una mirada externa a las animitas indican la presencia ya sea de una bandera chilena o bien de una cruz. Cuando se trata de este último elemento, el parecido con las fachadas de algunas iglesias evangélicas es más que evidente. Sin embargo, en su interior, notamos tanto en su ordenamiento como en su estética, una fuerte presencia mariana y andina. En efecto, el conjunto de figuras allí presentes revelan y nos remiten a una tradición andina semejante a la fiesta de las alasitas (Valko, 2006). Figuras en miniaturas como casas,

¹ Trabajo escrito bajo el proyecto “Bailes Religiosos, Iglesia Católica y Estado: La fiesta de La Tirana en el Bicentenario”. Proyecto Fondecyt N° 1100807. Expuesto en “Coloquio Lectura de la animita: Estética, identidad y patrimonio”. Facultad de Filosofía. Instituto de Estética. Pontificia Universidad Católica de Chile. 24 y 25 de marzo de 2011. Las fotografías pertenecen a Rodrigo Orchard M.

² Sociólogo. Universidad Arturo Prat, Iquique. Correo electrónico: Bernardo.Guerrero@gmail.com

vehículos, chacras simbolizan la demanda por esos bienes. En el caso de la Kenita, y en su altar, lo que más sobresalen son figuras pequeñas en ambos extremos de San Lorenzo, un par de llamos, flores naturales y plásticas, banderines y banderas chilenas. Además por cierto de fotos de la Kenita y placas de agradecimiento. Todos estos elementos si bien es cierto no son peticiones como el caso de la fiesta de las alasitas, simbolizan la gratitud por el favor concedido.

Religiosidad popular y cultos a las animitas

Bien se podría caracterizar al vasto territorio del norte grande como zona de religiosidad popular. Los santuarios de Ayquina, hacia el oriente de Calama, Las Peñas, al interior de Arica y La Tirana y San Lorenzo en la ciudad Iquique así lo señalan. Lo común de todos ellos es la gran organización y movilización de una población mestiza de corte popular que habita en las ciudades de esta parte del país, que se movilizan a estos centros de peregrinajes. Son grupos organizados a través de los bailes religiosos que desde fines del siglo XIX acuden a saludar a la virgen. Hasta los años 60 gozaban de una saludable autonomía que luego del golpe de Estado de 1973, han ido perdiendo en forma paulatina (Tennekes y Koster 1986).

Entendemos aquí a la religiosidad popular según la interesante expresión de Eloísa Martín: “Así, propongo entender los gestos comprendidos bajo el concepto de religiosidad popular en términos de prácticas de sacralización: los diversos modos de hacer sagrado, de inscribir personas, lugares momentos, en esa textura diferencial del mundo-habitado” (Martín, 2007, 77). Enfatiza aquí el componente de la praxis como forma de dotar a un territorio de una densidad religiosa. Para el caso que nos ocupa el culto a las animitas la vemos como una especie de “canonización popular” (Carozzi, 2006: 98), e insistimos en la idea de una práctica autónoma por parte de los grupos populares, que sin mediar instituciones, en este caso y del norte grande, bailes religiosos o grupos de parroquias, deciden atribuirle al personaje la capacidad de intermediar y/o realizar milagros. Esta aproximación de ambas autoras, sobre todo de la primera como Martín, la realiza en vista de las diversas concepciones que de la religiosidad popular existe. Sea como religión del pueblo, como respuesta funcional a situaciones de carencia, y como “otra lógica”.

La expresión canonización popular proviene del estudio que se hizo sobre la Difunta Correa en Argentina. Sus autoras, dicen:

Se denominan “canonizaciones populares” –en un país de tradición religiosa católica- aquellas que tienen como objeto personas que han sido canonizadas por el pueblo, es decir, personas en cuyo proceso de canonización no ha intervenido la Iglesia Católica como institución. A estas personas se las denomina “santos”, utilizando el lenguaje de la Iglesia” (Chertudi y Newbery, 1978:9, citado por Carozzi, 2006: 98).

Esta definición nos permite, en el marco de este trabajo, afirmar la autonomía de los grupos sociales populares, en la construcción de un sujeto religioso. Esta autonomía permite la creación y administración de un espacio cívico, en

la que la fe y la estética popular juegan un rol preponderante. Un espacio en que las religiones oficiales parecen no intervenir.

Es posible observar además, que las ciudades del norte grande de Chile, bien puede ser conceptualizadas como compuesta de tiempos y espacios heterogéneos. Siguiendo la expresión de Chatterjee (2008), se trata de un espacio y de un tiempo, significado no de forma lineal, sino ritual. El lugar donde se ubica la animita tiene una significación diferente. Hay en ella, una densidad religiosa que la hace diferente a un lugar profano. Lo mismo sucede con el día del cumpleaños del fallecido, o el lunes, entendido como día del culto a las ánimas. A diferencias de ciudades seculares en la que el tiempo y espacio son homogéneo, en nuestras ciudades no lo es. El peatón que pasa frente a un altar, por lo general, adopta una actitud de respeto y de silencio. Para usar la expresión de Lira, “hay un rumor” (Lira, 2002).

El culto a las ánimas en Iquique, bajo la forma en que la conocemos, surge de la intersección entre la cultura andina y la cultura popular urbana que se desarrolla en el norte grande, por mediación de la explotación del salitre, a fines del siglo XIX. Van Kessel (1975) reconoce en la religión andina elementos fuertes de animismo y de utilitarismo como rasgos esenciales en la religión de los andinos, tanto quechuas como aymaras. Pero se trata de una concepción que ve como después de la muerte, el alma del fallecido vuelve a la tierra. Esto se observa en la ceremonia que se realiza siete días después de la muerte. Aquí se queman las pertenencias del muerto y se le vela sin el cuerpo presente. Este ritual se llama el despacho o “paigasa”.

En otro trabajo hemos descrito este ritual, y es para el caso de un poblado de la precordillera llamado Macaya (Guerrero 2008). Esta ceremonia se realizó el año 2008.

Como se ve poco o nada tiene que ver con lo que conocemos como culto a las ánimas. Sin embargo, la idea que le subyace es la que importa. A saber la concepción de la muerte fundada en la idea de que es otra forma de vida. Idea que los hombres y mujeres que poblaron las ciudades costeras y el desierto salitrero, traían consigo, y que la “adaptaron” consumiendo las ideas y creencias que sobre el particular los habitantes del norte grande tenían, acerca de la vida y de la muerte.

Seguimos aquí la discusión que realiza Peter Burke (2010). En efecto, este autor, al repasar las metáforas diversas que se ha utilizado para tratar de entender los fenómenos de hibridación, tales como sincretismo, aculturación, entre otras, opta por el de la traducción cultural. Para él, ofrece dos ventajas. Resalta la importancia de la labor que deben realizar los grupos e individuos para hacerse con lo ajeno y da cierta idea sobre las tácticas y estrategias que pueden emplear. En segundo lugar, agrega el autor, es un término neutro, asociado al relativismo cultural (Burke, 2010: 108). Se trata entonces de cómo los grupos populares traducen, el catolicismo oficial y las prácticas religiosas andinas, a sus horizontes culturales. Ello, implica, además el desarrollo de una inventiva religiosa. La religiosidad popular del norte grande es rica en manifestaciones de adaptaciones culturales. Los bailes de La Tirana, Ayquina y Las Peñas, muestran evidentes fenómenos de esta naturaleza. Por ejemplo, bailes que se inspiran en temas que el cine ha puesto de relieve, pieles rojas,

dakotas, cosacos, etc. Y por otro lado, bailes chilenos como marineros y huasos.

Apachetas y ánimas

En el mundo andino existen las apachetas. Montículos de piedras que se construyen de forma intencional. Se ubican en los bordes de los caminos. Se le atribuyen cualidades de protección y de orientación. En el fondo es una representación y ofrenda a la Pachamama. Son espacios de la naturaleza que hablan con los humanos. Mencionamos el caso de las apachetas ya que es el único elemento de la cultura andina que podría equipararse con las construcciones que hallamos en la ciudad o en las carreteras. Similar argumento establece Hermans, al referirse que la apacheta está directamente relacionada a la animita (2010; 23). Esta misma autora cita a Moscheni Sossa quien dice que "... ambas (animitas y apachetas) representan espíritus que interactúan con Dios como un médium" (2010; 24).

La hibridación ocurrida entre el catolicismo y la religión andina, permite entender no sólo lo que se desarrolla en los santuarios marianos del norte grande de Chile, sino que también otras expresiones como el culto a las animitas y la quema de Judas (Guerrero 2007), entre tantas otras. En el caso que nos ocupa se trata de hombres y de mujeres muertos en forma violenta en la ciudad, en las carreteras o bien en la pampa salitrera.

El culto a las animitas en Iquique

En Iquique, al igual que en toda Latinoamérica, se practica el culto a las animitas. Es un culto a las personas que han muerto en forma trágica (atropellos, accidentes y asesinatos), y que se han transformado en agentes intermediarios entre el creyente y Dios. Sobre el lugar donde ha muerto, manos anónimas y generosas, levantan una pequeña capilla, un cenotafio, encienden una vela, ponen una placa con el nombre y la fecha de la muerte. El resto, lo hace la comunidad que cada día lunes en forma sagrada acude a prenderles velas y a pedirle favores que, por lo general tienen que ver con salud y trabajo, las necesidades más apremiantes del pueblo.

En el Iquique de fines del siglo XIX, fue famosa "el ánima de la patita" en el desaparecido cementerio N° 2. También lo sigue siendo la de Hermógenes San Martín de quien luego nos ocuparemos como también la de Olivares que está frente a la de aquél. En las páginas que siguen nos detendremos en cuatro ánimas que representan momentos históricos diferentes de Iquique. El "ánima de la patita; Hermógenes San Martín; el Finao González y la Kenita. Entre Iquique y el cruce con la carretera panamericana hay más de 50 animitas y entre esta ciudad y el aeropuerto cerca de 10. En el plano urbano existen cerca de 50 recordatorios.

El Anima de la Patita.

El imaginario colectivo y popular de Iquique aún recuerda al anima de "la patita". Incluso aún, la gente cuando se refiere a alguien que es bueno para cobrar lo que se le debe, dice "eres más cobrador que el ánima de la patita",

aludiendo con ello a la cualidad que se caracterizaba por cobrar los favores concedidos.

La gente recuerda que en el Cementerio N° 2, donde está actualmente la población Jorge Inostrosa, había un cajón en el que el pie de un difunto se negaba a permanecer dentro del ataúd.

Esta ánima tiene su origen en el siglo XIX. Así, por lo menos, es relatado por el ciudadano inglés William Howard Russell, en su libro publicado en Londres en 1890. Por la importancia del relato, transcribimos lo que este inglés relató:

“Pasé horas instalado en mi balcón, observando siempre algo de interés. Al frente está la Cancha de Cricket: un cuadrángulo asfaltado. A no muchas yardas de distancia, si el lector estuviera a mi lado, observaría un montículo de tierra semejante a un horno de barro, del tipo aldeano, sobre la playa arenosa en la cual -al caminar sobre ella- el pié se hunde hasta el tobillo. Generalmente, hay dos o tres -a veces más- mujeres vestidas de negro y arrodilladas devotamente frente a dicho montículo. Si uno se acerca allí, ve que hay velas encendidas, tililando en el interior de un hueco formado con paredes de adobe. Las mujeres son creyentes frente a la tumba de un santo!!. De quien se trataba, nunca lo pude saber. Posiblemente, no consulté a quién debía. De hecho, aún algunos notables residentes de Iquique, no sabían ni siquiera darme el nombre de la iglesia de la plaza!”

Para agregar:

“No obstante, la historia que escuché fué la siguiente: Hace algunos años, el cadáver de un hombre fué encontrado en la playa, llevado a este lugar, y sepultado allí. Pero, ¡sorpresa! Una pierna del cadáver emergió de la tumba. Se volvió nuevamente a enterrarla, pero volvió a emerger como antes! Los repetidos intentos no fueron capaces de mantener a este inquieto miembro en el lugar que le correspondía. La gente sacó como conclusión que el hombre era un santo! Se construyó un muro semicircular alrededor de dicha tumba. En caso de problemas, los creyentes acuden a este ‘lugar sagrado’, rezan, hacen promesas y ofrendas. Las velas encendidas son el testimonio de su fe, de las curaciones milagrosas, de los agradecimientos por los favores concedidos, por la influencia de esta alma bendita. La gente irreverente se burla de todo ésto; dicen que tal cadáver era de un marino inglés, que borracho se cayó al mar de uno de los tantos barcos que fondean la bahía. Sin embargo, éstos incrédulos no toman en cuenta a la inquieta pierna o a los milagros! En cuanto a mí, pienso que es muy conmovedor observar a esta pobre gente que, arrodillada, reza ante dicha sepultura, prestando oídos sordos a los destemplados gritos de: ¡Corre! ¡Corre! ¡Dale! ¡Buen golpe! ¡Bravo!, y otros más, proferidos por los jugadores y espectadores en el Club de Cricket. Existe también, una alta cruz de madera cerca de allí y que señala a otra tumba, pero nadie le presta mayor atención...” (Russell 1890: 154).

Pareciera, sin embargo, que el “ánima de la patita” goza de una especie de “universalidad regional”. Nos explicamos. Al interior de Arica y cerca de

Poconchile también existe un “ánima de la patita”. Igual sucede en la pampa. Según nos cuenta la señora Josefina Yugo Cristo, en la pampa salitrera, entre Iris y La Granja, existe un cementerio donde está enterrada el “ánima de la patita”. Según ella, se trata de un niño que en cierta ocasión agredió a su madre pegándole, precisamente, un puntapié. Esta lo maldijo. Y cuando murió el joven, la maldición se hizo realidad: todo el cuerpo entraba en el cajón, menos el pie que se resistía, como repitiendo la insolencia. Fue tanto, que al cajón hubo de hacerle una especie de huevo, para que el pie pudiera ser cubierto. Doña Josefina recuerda que siendo profesora de la escuela de los Oblatos, muchas veces presencié verdaderas peregrinaciones al sitio donde está el ánima. Esto acontecía en los años sesenta.

El Finao González

A simple vista la animita del finao González parece abandonada. Es una casita de metro y medio de ancho por uno de largo, todo es de cemento y está pintada de color claro. Una calamina gruesa la cubre y sobre ésta una tosca cruz de fierro ya oxidada. Tiene una reja de fierro que ya no cumple la función de puerta, debido a que la otra hoja está botada. En su interior una placa dice “Gracias Gonzalito por favor concedido. Diciembre de 1994. G.A.P.V”.

El día lunes 11 de marzo de 1996, Sergio Flores recogió este testimonio:

“Desde que tengo quince años, cuando venía con mis padres (ellos fallecieron jóvenes). Vengo todos los lunes, menos un tiempo porque estaba viviendo en otro lado. Siempre me ha cumplido favores, buena salud, cosas personales etc. Usted sabe. Y todos los lunes lo limpio” (Domingo 72 años. Jubilado de Ferrocarriles del Estado).

En las siguientes líneas hallará el lector la historia de Gonzalito como le dicen sus fieles.

El día 28 de julio de 1916, en plena pampa iquiqueña, concretamente en la intersección de las calles Primera Sur, hoy Tomas Bonilla y 12 de Febrero, vecinos iquiqueños encontraron el cuerpo quemado, del que más tarde una comadre reconocería como el de Humberto González, de 25 años.

La ciudad se conmocionó ante tan macabro hallazgo. El cuerpo quemado según testimonian las fotografías de la época, hablan por sí solas. El juez Toledo se hizo cargo de la causa, y en un tiempo récord dio con el asesino.

Humberto González era casado, tenía una hija y al momento de su deceso esperaba su segundo hijo. Las pesquisas dieron resultados a la brevedad. El inculpado era un hombre acaudalado y la víctima, su empleado.

El hecho fue motivado por las relaciones amorosas existentes entre González y la hija de su patrón. Descubiertos ambos, el primero es golpeado con un garrote en la cabeza, y creyéndolo muerto, lo tapan con sacos de afrecho, lo amarran, toman dos botellas de parafina y lo suben a una carreta llamada “La Conciencia” y se dirigen rumbo al sur. Al este de la quinta “Chanteclair”, en lo que hoy están las calles ya mencionadas, bajan a González, lo rocían con parafina y lo queman.

Testimonios cuentan que ante la imposibilidad de reconocer el cadáver, éste es exhibido en la Plaza Brasil³. Hasta allí, llega una señora que reconoce una cicatriz en un dedo de González. Era su comadre. Además las huellas que dejó la carreta permitieron llegar hasta la casa donde ocurrió el homicidio.

Una gran conmoción recorre las calles de Iquique. Peritajes y autopsias se suceden para verificar si hubo o no premeditación. Al final, la justicia decidió dejarlos en libertad. La prensa como La Patria y El Despertar, se hicieron eco de la injusticia y protestaron enérgicamente. Los culpables debieron pagar, a modo de indemnización, \$ 41,000 para la viuda y los hijos de González. Para la tradición oral iquiqueña, la sentencia dictada poco después, condenaba al asesino a perpetuidad, pero teniendo a la ciudad como cárcel. De hecho dentro de la jurisprudencia nacional aparece este castigo como algo que llama la atención.

Humberto González, fue sepultado en noviembre de 1916, en el cementerio N° 3, en el nicho número 230, donde familiares y manos anónimas aún le ponen flores.

Apenas descubierto el cadáver se reveló el carácter milagroso del finao. Una crónica de la época relata los milagros:

“Otras atestiguan que el espíritu de González les había hecho varios i portentosos milagros patentes... por cuya razón le ofrecían velas i plegarias. Una vecina decía que el ánima milagrosa le había curado una hijita que estuvo en la muerte; otra que había quitado el vicio de la bebida a su marido, y que no han faltado otros que juran haber cambiado la situación mediante la ayuda jenerosa del difunto, por lo que en cumplimiento de sus promesas le han ofrendado innumerables paquetes de velas, y no pocas oraciones devotas, que están convencidas que el mártir santo escucha complacido prometiéndole favorecerlas en todos sus infortunios y pesadumbres” (Caras y Caretas 1916: 70).

Cada lunes en su pequeño templo, tres velas iluminan y agradecen los favores que el finao otorga. Testimonios recientes, la de un taxista, me señala que el general Pinochet, mientras estuvo en Iquique fue devoto de Gonzalito. Y en que en más de una oportunidad mandó a remodelar el lugar donde se le recuerda a este humilde hombre.⁴

Hermógenes San Martín: De luchador social a intermediario divino

Hermógenes San Martín, fue un obrero que trabajó en la pampa. Se destacó por la defensa de los derechos de los trabajadores, lo que le valió ser tildado de comunista, militando en el partido de Recabarren.

San Martín fue muerto por estrangulamiento, el día lunes 9 de diciembre de 1935, al costado norte del Cementerio N° 1. El día viernes 13 de diciembre de

³ Ubicada en la calle Zegers entre Patricio Lynch y Obispo Labbé.

⁴ En la década de los 90, en labores de remoción de tierra, aparece los restos de un feto. Se supone que fue el motivo que llevó al crimen.

ese mismo año, la policía dio con los culpables. Fue asesinado alevosamente, e incluso, se comenta que fue violado.

En ese mismo lugar se alzó la capilla donde se le rinde culto. San Martín tiene fama de milagroso. Cada lunes decenas de personas acuden a ponerle velas. Una de las encargadas, la Señora Doris, da fe del carácter milagroso de San Martín. Cuenta que uno de sus hijos había empezado a fumar “monos”⁵. No llegaba a casa y frecuentaba amigos de mala fama. Ella le pidió al finao San Martín que la ayudará. Su hijo dejó el vicio y además le ayuda a asear la capilla.

Justo Monardes Astorga, que vivió en calidad de hijastro de San Martín, ratifica la militancia comunista de éste. Monardes fue redactor de la prensa obrera, y lo conoció. Mi madre, sobrina de éste último dice que éste exclamaba: “Si San Martín se levantara de su nicho, echaría a todas las viejas, ya que él era un ateo, no creía ni en su sombra”.

En torno a la figura de San Martín se constituyó el 29 de enero de 1952 la Sociedad Mixta Hermógenes San Martín.

Kenita: La milagrosa de Pedro Prado

La ánima de Kenita y su culto está ubicada en calle Pedro Prado. Más de cuarenta placas de agradecimiento, velas encendidas y flores frescas dan muestra de una fe popular inagotable. Salud y trabajo es lo que más pide la gente. Jacqueline Zurita Elgueta nació en Iquique el 3 de febrero de 1964, en la población Dagoberto Godoy. Jessica, la hermana de Kenita dice de ésta:

“Mi hermana era un tanto retraída, quizás para muchos tímida y reservada, pero detrás de ese cuerpo frágil y menudo existía una persona con un fuerte carácter, amante del dibujo y de la poesía, su gran sueño era pintar, incluso cuando no teníamos dinero y se acercaba la fecha de algún cumpleaños, ella misma confeccionaba sus propias tarjetas de saludo” (Pérez 1995: 5).

Sobre la muerte de Jacqueline, citamos la misma fuente:

“Jacqueline se disponía a regresar a su trabajo. Salió de su casa junto a su hermana y en la intersección de Pedro Prado con Primera Sur se separa y decide caminar hasta su trabajo. No le quedaba lejos. En ese instante, pasó un amigo en motocicleta y decide ‘carretearla’. Ella duda un poco, pero se decide. Mientras se sube al pequeño vehículo aparece el conductor Ernesto Pérez Challapa, completamente ebrio y embiste la motocicleta. La muerte de Jacqueline fue instantánea” (Pérez 1995:6).

Todo esto ocurría el lunes 16 de noviembre de 1987 a las 15.00 hrs. Frente a los hechos, el ciudadano Luciano Córdova, al ver lo que acontecía, decide levantar una diminuta capilla para recordar el lugar donde había muerto Jacqueline. Sobre los milagros de la Kenita, dice don Luciano:

⁵ Se le llama así a la pasta base de cocaína.

“A mi parecer el primer milagro que hizo la Kenita fue conmigo. Yo me recuperé totalmente de mi enfermedad, y desde esa día no he vuelto a tomar como tampoco he dejado de cuidar y arreglar a mi animita. Este lugar es mío. Yo lo construí, a mi me costó sacrificio” (Pérez 1995: 6).

Creadores anónimos escribieron esta oración:

Acuérdate, oh piadosa Kenita, que nunca se ha oído decir que los que han recurrido a tu protección implorando tu misericordia y pidiendo tu auxilio hayan sido abandonados.

Pedir Favor

Animado con esta confianza vengo hasta ti: bajo el peso de mis pecados
llego hasta tus pies oh hija del Señor, no desatiendas mis oraciones,
escúchalas favorablemente y dínate a acceder a ellas,
Hija del señor gloriosa y bendita!

Reza 3 Ave María y 3 Padre Nuestro

La Romina

El 12 de marzo del año 2005, fueron encontrados en Iquique y en Alto Hospicio varias partes de un cuerpo cercenado. Tras varias diligencias la policía lo identificó. Se trata de Leydy Torrealba Cepeda de 24 años. Era conocida como Romina y ejercía de trabajadora sexual en los alrededores de la Plaza Arica en la ciudad de Iquique. Había llegado del sur del país, junto a su hijo Milenko de tan solo 6 años. Consumía pasta base de cocaína y según sus amigas era agresiva, a veces. Era rubia platinada y tenía ojos verdes.

Tuvo un romance con Ariel Canales Pino, quien luego de una discusión en la pieza de éste, la golpea con un martillo en la cabeza, alegando defensa propia, luego le da otros dos golpes y la mata. Enseguida toma un corvo y una sierra y procede a descuartizarla. Era el 11 de marzo. Toma una micro a Alto Hospicio y tira a un basural clandestino parte del cuerpo de la bella Romina. Ese mismo día a bordo de una bicicleta, en Iquique bota otros restos. Días después confiesa su crimen. “La maté porque la quería” habría dicho al Fiscal a cargo de la investigación.

El asesinato de la Romina, puso al barrio en ascuas. El tráfico y consumo de pasta de base encontraba en el crimen de esta trabajadora nocturna, su primera víctima que se convertiría en animita milagrosa. En el lugar donde trabajaba, en las esquinas de San Martín con 18 de septiembre se levanta un pequeño altar que la recuerda. Se ubica cerca del Cementerio N° 1 y del lugar donde se recuerda al Finao San Martín, y a una cuadra del templo de la Plaza Arica, territorio en donde se realiza la Tirana Chica. Es decir en un territorio marcado por una fuerte densidad religiosa popular.

Fu enterrada en el sur del país, pese a las protestas de sus amigas. Un ex conviviente, consumidor de pasta base y peregrino de San Lorenzo, Roberto “El loco chico” Santibáñez, dijo a la prensa “Si se queda en Iquique, dejo las drogas” (La Estrella de Iquique, 27 de marzo de 2005). Su madre se la llevó.

De las animitas mencionadas, sólo tres gozan de buena salud. El anima de la patita y Gonzalito no tanto. La primera, al desaparecer el Cementerio N°2, dejó de funcionar. Mientras que la de Gonzalito cada vez tiene menos adeptos. Sólo la de Hermogénes San Martín, la Kenita y la Romina mantienen la fe viva.

Conclusiones

La vigorosa realidad de la religiosidad popular en el norte grande, con sus variantes como el culto a las animitas, en una región globalizada y multicultural, evidencia que fenómenos tales como la secularización lejos están de ser una realidad. Al contrario y por la misma realidad multicultural, se observa la existencia de un mercado con ofertas religiosas variadas. Mezquitas y leves evidencias, hasta hoy, de cultos afro-americanos, nos señalan lo anterior. El así llamado mundo popular sigue con sus prácticas religiosa ya sea al alero de instituciones oficiales, como los bailes religiosos, o bien de un modo autónomo como el caso del culto a las animitas. Además podemos concordar con la idea de Hervieu-Léger, cuando plantea que la modernidad religiosa que se observa en el mundo de hoy, tiene que ver con las desregulaciones que el mercado de las creencias opera sobre los sujetos (2004). Hay entonces una autonomía religiosa, pero para el caso que no ocupa, sobre todo de la religiosidad popular, en base a la peregrinación del 16 de Julio, entre otras, eso no acontece.

Como ya se ha visto el culto a las animitas es una actividad autónoma que los grupos populares realizan en el norte grande de Chile, y en toda América Latina. A través de procesos de canonización popular, y con la prueba del milagro, transforman a un muerto, en sujeto de demandas, en intermediario entre el creyente y Dios.

La construcción y mantención del lugar es obra de los propios vecinos. En este sentido es una práctica autónoma en la que la iglesia católica y los bailes religiosos no ejercen ningún papel. Los miembros de estos últimos, a título personal, pueden participar.

Es una variante de la religiosidad popular en cuanto expresa un sentido de la vida más allá de la muerte, y que ejerce un rol de intermediario entre la divinidad y los hombres y las mujeres. Las demandas por salud y trabajo son las mismas que los peregrinos le piden a la virgen del Carmen o a San Lorenzo.

Sin embargo, el culto a las animitas tiene una variante local que en muchos de los casos atenta contra su reproducción. No hay al parecer generaciones de recambio que continúen con el culto. Es el caso de Gonzalito, por ejemplo, que tiene muchos visos de desaparecer. Se podría afirmar que su culto es más bien de corte barrial, y que al desaparecer, por muerte o por migración, de sus devotos, tiende al olvido. El caso de la Kenita es diferente. Y lo es ya que es

relativamente joven y está ubicada en una avenida bien transitada, como lo es la Salvador Allende, ex Pedro Prado.

El alma de la patita, el finao San Martín y Gonzalito pertenecen al llamado tiempo del ciclo salitrero (1830-1960), mientras que la Kenita se ubica en el período de la Zona Franca. La Romina al período del consumo y tráfico de pasta base de cocaína. Todos emplazados en el plano urbano y popular de la ciudad. Esta última recoge los nuevos elementos de adorno del culto, como símbolos nacionales y deportivos. Además que en su construcción se hacen notar los elementos introducidos por la Zona Franca como el aluminio y la cerámica.

Bibliografía

Burke, Peter

Hibridismo cultural

Editorial Akal. Madrid, España. 2010

Carozzi, María Julia

“Antiguos difuntos y difuntos nuevos, Las canonizaciones populares en la década del 90”. En: Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente (Miguez y Semán, editores). Editorial Biblos. Buenos Aires, 2006.

Chatterjee, Partha

La nación en tiempo heterogéneo y otros estudios subalternos.

Siglo veintiuno editores y Clacso.

Buenos Aires, Argentina, 2008

Guerrero,

Bernardo

Del Chumbeque a la Zofri. La identidad cultural de los iquiqueños. Tomo II

Centro de Investigación de la Realidad del Norte y Dirección de Extensión Académica y Cultural. Iquique, Chile. 1996

Guerrero, Bernardo

“Quemar al traidor, quemar al afuerino: la Quema de Judas en Iquique, Chile”
Revista Austral de Ciencias Sociales. Nº 13. Universidad de Valdivia. 2007, pp 67-77

Guerrero, Bernardo

Macaya

Programa Orígenes. Iquique, Chile. 2009

Guerrero, Bernardo

Sueña Tarapacá. Identidad en el desarrollo de nuestra región. Estudio para el fortalecimiento de la identidad regional de Tarapacá. Universidad Arturo Prat y Gobierno de Chile, Subdere. Iquique, Chile 2009.

Hermans, Laurie

"Gracias por los favores concedido" Animitas and the Everyday Life in Santiago.

Bachelor Thesis. 2010.

Hervieu-Léger

El peregrino y el convertido. La religión en movimiento. Ediciones del Hélienico. México D.F. 2004.

Lira, Claudia

El Rumor de las Casitas Vacías. Estética de la Animita.

Instituto de Estética Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago, 2002

Martín, Eloísa

“Aportes al concepto de religiosidad popular: una revisión de la bibliografía argentina”. En: Ciencias Sociales y religión en América Latina. Carozzi, María Julia y Ceriani Cernadas, César (Coordinadores). Editorial Biblos. Buenos Aires, Argentina. Pp 61-86

Pérez, Juan

El culto a las animitas. Una experiencia cercana. Trabajo Cátedra Sociología de la Religión. Universidad Arturo Prat, Iquique, Chile. 1995

Kessel, Juan Van

La imagen votiva en la cosmovisión del hombre andino contemporáneo, un intento de interpretación antropológica. En: Cuaderno de Investigación Social Nº 1. Carrera de Sociología, Antofagasta, Chile, 1975 pp 2- 9

Sin autor

La tragedia de la lechería “La Hacienda”. En: Grandes crímenes en Chile. Imprenta Caras y Caretas. Iquique, 1916.

Tennekes, H; Koster, P

“Iglesia y Peregrinos en el Norte de Chile: Reajustes en el Balance de Poderes”. En: Cuaderno de Investigación Social Nº 18. Centro de Investigación de la Realidad del Norte. Iquique. 1986 pp. 57-86.

Valko, Marcelo L

“Memorias y resistencia. La fiesta de Ekeko-Alasitas en Copacabana. En: Lepe y Granda (Eds) Comunicación desde la periferia: tradiciones orales frente a la globalización. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores y Anthropos Editorial. Barcelona. 2006

Publicado en:

Lecturas de la animita. Estética, identidad y patrimonio

Claudia Lira (editora).

Instituto de Estética Pontificia Universidad Católica de Chile.

Textos Universitarios.

Santiago 2016, pp 55-74